

LIBRO II

Del género panegírico.

CAPÍTULO PRIMERO

IDEA DEL GÉNERO PANEGÍRICO

Se llamaban discursos panegíricos los que se pronunciaban en las panegyrys ó solemnes reuniones que tenían los griegos con motivo de los juegos ó funciones sagradas. El objeto de estos discursos era la alabanza de los dioses, de los hombres insignes ó de los pueblos. Posteriormente se ha dado el nombre de panegíricos á los que contienen la alabanza de algún santo ó personaje ilustre, etc.

Sólo la virtud es verdaderamente digna de elogio; pero como en ninguna cosa resalta más que en el uso de los dones de naturaleza y de fortuna, por eso debe hacerse mención de ellos en el panegírico.

Dos distintos órdenes suelen guardarse en la formación de estos discursos: el *artificial*, que consiste en tomar algunos hechos principales prescindiendo del orden de tiempo, y el *natural*, en el que se desenvuelven los sucesos guardando el mismo orden con que en el tiempo se verificaron.

La serie de cosas dignas de alabanza en un personaje, puede repartirse en tres períodos, á saber: el que

precedió al nacimiento, el de la vida, y el que siguió á la muerte.

Del tiempo que precedió al nacimiento, puede elogiar el orador á su héroe por el linaje, la patria y los pronósticos, si los hubo.

Será elogiado el héroe *por el linaje*, si es ilustre, ponderando el esplendor y las glorias de los antepasados; pues son estas cosas como gérmenes de la virtud en los venideros, y, como decía Horacio: *fortes creantur fortibus*. Si la familia es obscura, pónganse á la vista los grandes hombres que de humilde cuna se remontaron á mucha gloria.

La *patria*, si es gloriosa, puede dar materia de alabanza, porque nos son comunes sus glorias; si obscura y aun infame, recuérdese alguna cosa parecida al dicho de Anacarsis, que siendo llamado por uno con desprecio bárbaro y escita, le respondió agudamente: «Yo tengo una patria que me deshonra, pero tú deshonras á la tuya.»

En la historia de muchos santos ha habido pronósticos de su futura grandeza. Así sucede en la de San Ambrosio, la de San Juan Bautista y otros.

Durante la vida pueden ser motivo de alabanza las virtudes morales é intelectuales. Entre las virtudes ocupa lugar preferente la piedad hacia Dios, hacia los padres y la patria. Luego se prestan á la exposición la clemencia, la moderación, la justicia, la liberalidad, la beneficencia; finalmente, la grandeza de alma, la prudencia, diligencia, etc. Aquí van juntas virtudes naturales con virtudes cristianas; pero el predicador sabrá lo que es propio de la virtud cristiana, y distinguirá en las nobles acciones las que se refieren á Dios de las que proceden de un motivo menos elevado.

Por lo que hace á las ciencias, puede resultar alabanza si se poseyeron ó se fomentaron.

También los bienes del cuerpo, como la hermosura,

el vigor, etc., pueden dar materia al panegirista, si su héroe los usó bien, ó si careciendo de ellos los suplió con excelentes cualidades. Lo mismo puede decirse de los honores y riquezas; y si careciese de ellos, puede exponer que son muy caducos y deleznable, y que en la adversidad se ejercitan mejor que en la fortuna muchas virtudes.

Ocuparán insigne lugar en el elogio los dones de la *gracia*: el saber sin estudios, resucitar muertos, calmar tempestades, etc.

Después de la muerte pueden tomarse en consideración las circunstancias que la rodearon y las cosas que sobrevivieron al finado.

Entre las circunstancias de la muerte, pueden alabarse la religiosidad y fortaleza de ánimo con que se sufrieron las enfermedades y la misma muerte; y si murió el héroe por la religión, por la patria ó á causa de su honrosa laboriosidad, dan estas cosas motivo á excelentes elogios.

La pompa fúnebre y los honores tributados al finado, el sentimiento de los buenos, sus fecundos hechos y los hijos que sobreviven, pueden dar materia de consuelo ó atenuar de alguna manera el dolor de la pérdida.

En la alabanza de las personas se ha de observar:

1.º Que las alabanzas no sean fingidas, pues sobre no dar valor al discurso, lo quitan á las verdaderas.

2.º Que no se haga mención de las cosas pequeñas ó poca honrosas, porque más vale un vituperio grave que una fría alabanza. En los grandes hombres, sin embargo, es preciso mencionar las cosas más pequeñas.

3.º Que las alabanzas no sean vagas y generales, sino propias, ó á lo menos comunes á pocos.

Comprendemos en este género de elocuencia el *elogio de los santos*, la *oración fúnebre*, la *de acción de gracias* y la *gratulación*; estas dos últimas por lo que pueden tener de laudatorias.

CAPÍTULO II

DEL ELOGIO DE LOS SANTOS

I

Idea del elogio de los Santos.

Entendemos por elogio de los Santos el discurso pronunciado en su alabanza.

El fin de esta clase de discursos es el mismo que se propuso la Iglesia en el culto de los Santos, á saber: que Dios sea honrado, *mirabilis Deus in sanctis suis*; que el pueblo cristiano se mueva á celebrar é invocar á los Santos, y que se excite á imitarlos.

No puede desconocerse la importancia y utilidad de los panegíricos, pues á la vez que se aumenta la gloria de Dios y se promueve la devoción á sus siervos, la misma alabanza que se les tributa, y que de justicia se les debe, es de mucha utilidad á los hombres: *sequimini vestigia ejus*. La enseñanza del ejemplo nos vivifica, nos transforma y nos da como un nuevo ser, haciendo nacer en nosotros el deseo de imitar á los hombres que de algún modo nos aventajan. No hay corazón tan endurecido y degradado en que el ejemplo de la virtud de los otros no penetre como un rayo afortunado para dejar una saludable impresión.

La materia del panegírico comprende el tiempo que precedió al nacimiento del Santo, aquel en que vivió y el que siguió á su muerte, como hemos dicho al tratar del género panegírico. De las cosas dignas de alabanza

en estos períodos, el panegirista sagrado elegirá lo que más propiamente pertenezca á la perfección y santidad cristianas.

El panegírico puede revestir dos formas: en la una se refieren brevemente los hechos para extenderse en consideraciones morales; la otra es casi una continuada alabanza. Esta tiene menos doctrina y más esplendor (1).

Respecto del orden, el panegírico puede ser natural ó artificial, como ya hemos hablado: el orador seguirá el que crea más conveniente, aunque nosotros preferimos el orden artificial. El sabio Fenelón es de este mismo parecer. «Yo no haría, dice, una simple historia. Yo me contentaría con reunir los hechos principales, pero quisiera que la narración fuese concisa, viva y llena de movimiento: quisiera que cada palabra diese una alta idea de los Santos, y fuese una instrucción para el oyente. Luego añadiría todas las reflexiones morales que juzgara más oportunas (2).»

Pero cualquiera que sea el orden que se siga, el orador procurará presentar la virtud en que más se distinguió el héroe de quien hace el panegirico, acomodando á la clase de oyentes que le escuchan la doctrina y las alabanzas.

Importa hacer notar la influencia que el Santo ejerció en la sociedad de su tiempo, pues hay necesidad de demostrar cuánto influye la vida religiosa sobre la vida pública, y cómo la moral del Evangelio no ha sido obstáculo, sino, al contrario, origen y motivo de los grandes beneficios dispensados á la sociedad por los hombres justos y austeros que la Iglesia ha elevado más tarde á la categoría de Santos.

El panegírico ha de ser propio. Es menester hacer un

(1) Los franceses emplean generalmente la primera, y los italianos la segunda.

(2) *Diálogo sobre la elocuencia.*

retrato ni más ni menos como lo hacen los pintores. El retrato ha de ser parecido; que resalte la verdad con los toques del pincel graciosamente manejado. «Levantaos, pintores ilustres de nuestros vencedores atletas», decía San Basilio, como quien anuncia un gran premio á los predicadores que concudiesen á este certamen.

No es preciso decir de los Santos todo lo que se sabe; pero conviene saberlo todo. El relato completo y sin interrupciones causa fastidio; pero cuando se predica por primera vez de algún Santo recientemente canonizado, es preciso darlo á conocer enteramente (1).

Los materiales para hacer los panegíricos podrán tomarse de los discursos de San Juan Crisóstomo, de San Gregorio Nazianceno y otros Padres, y también de muchos oradores modernos.

Pero como hay muchos Santos, en especial mártires, cuya vida nadie conoce, el orador deberá encerrarse en la *tesis* y alabar el martirio, la virginidad, el sacerdocio ó alguna insigne virtud.

El estilo del panegírico, según algunos, debe ser elevado y pomposo, como inspirado por el entusiasmo del predicador, que quiere comunicar á sus oyentes la admiración de que está penetrado. El elogio es una corona, dicen, y, por tanto, es permitido adornarla de flores y aun de diamantes. Sin embargo, no todo debe estar sembrado de adornos, cuando es tan oportuna la variedad; un discurso en que todo brillase, acabaría por deslumbrar y desaparecería á fuerza de toques de luz: se necesitan sombras para hacer mejor resaltar las facciones que deben llamar la atención. Las grandes acciones requieren muchos adornos; las que son menos importantes necesitan estar menos adornadas; pero siempre es menester una santa dignidad que corresponda á la

(1) Recomendamos que no se acojan fácilmente todos los hechos que las gentes piadosas, pero poco ilustradas, refieren de los Santos.

vida grave y edificante del héroe; una elocuencia noble apartada de toda afectación, que deba su excelencia más bien á las cosas que á las palabras, más bien á la materia tratada que al talento del orador.

No terminaremos este capítulo sin indicar que, si bien es permitido al panegirista embellecer los hechos y realzarlos con comparaciones y contrastes, debe cuidar de no traspasar los límites que la verdad y el buen gusto le imponen, y no caer en elogios excesivos ni en el vicio harto común de levantar á su héroe sobre todos los demás Santos.

II

Sinopsis del sermón de San José, por Señeri.

Texto. — *Joseph autem cum esset justus, etc.* (Mat., cap. I.) *Mulieris bonae beatus vir.* (Eccles., 22.)

Exordio. — Todos los grandes hombres han querido la gloria de tener un buen panegirista. Así lo han hecho muchos de la antigua gentilidad (se confirma con varios ejemplos); José ha tenido por panegirista al mismo Dios, que ni puede exagerar por afecto, ni mentir por vileza, ni faltar por ignorancia. Y así como Abraham fué llamado por antonomasia fiel, y David piadoso, y Moisés manso, José fué apellidado justo: *Joseph autem cum esset justus*, consistiendo esta justicia en el cúmulo de todas las virtudes, según San Jerónimo.

Proposición. — Demostrar que todas las virtudes se encuentran en San José, y que toda su grandeza consiste en haber sido esposo de María.

PRIMERA PARTE

Confirmación. *Argumento 1.º* — De la igualdad que debe haber entre los consortes.

Argumentación.—María es la mejor de las mujeres; su matrimonio fué arreglado por el mismo Dios, que busca la perfección en todas las cosas; luego la igualdad y perfección del matrimonio, exigía que fuese José el mejor de los hombres. Razón que movió á muchos santos á creerlo santificado en el vientre de su madre; de lo contrario, Jeremías y el Bautista serían á él superiores y más dignos de María: mas como según Santo Tomás, cuanto más se acerca una cosa á su principio, tanto más participa de las perfecciones de él; luego debió ser José más perfecto que todos, porque estuvo el más próximo á la fuente de toda perfección; lo que se prueba enumerando las acciones de su vida doméstica; y corrobora diciendo que José, aunque no cooperó á la generación temporal del Verbo, nació éste de María; y como esta era patrimonio de José, por principio de derecho le pertenecía lo que de ella naciese, como producto de su heredad; luego José es más próximo que los demás hombres á Jesús, y debe, por consiguiente, reunir en sí mayor santidad que todos (se ilustra por semejanza), debiendo, no sólo ser santificado en el vientre de su madre, sino confirmado en gracia, como lo prueba con autoridades. Refiriéndose al texto *non surrexit major Joanne Baptista*, rechaza con Suárez este reparo, diciendo que desde luego se entienden exceptuados de esta regla general aquellos que por su dignidad y elevación no pueden estar en ella comprendidos, dignidad que prueba exponiendo el texto: *quem constituit*, etc.

Argumento 2.º—De la naturaleza del amor conyugal.

Argumentación.—La perfección del amor conyugal exige que la mujer ame más que á ninguno á su marido. La Virgen podía alcanzar lo que quisiera, y no pudiendo faltar á ese deber del amor matrimonial, debió alcanzarle todos los bienes posibles de gracia y gloria; mucho más que José, por el exacto cumplimiento de sus

deberes, se hizo digno del aprecio de María. Pues si otras mujeres (arguye con ejemplos de *minori ad majus*), han hecho prodigios de abnegación en gracia de sus maridos; luego María, más perfecta que las demás, hizo más que todas.

Argumento 3.º—De la eficacia de la santidad.

Argumentación.—La santidad de María debía transmitirse á José, porque la mujer comunica al marido fácilmente sus virtudes. Ilustra con ejemplos esta verdad, y deduce que José, mejor dispuesto que todos á la santidad, debió recibir la de María. Extrema más la eficacia de las personas virtuosas, afirmando que su sola vista hace prodigios; lo que demuestra con el ejemplo del mártir San Luciano, á quien el emperador Maximiano, por temor de convertirse, le interrogaba teniendo interpuesta una cortina, y corrobora hasta con lo que hace la presencia de las imágenes, que enervorizan, como á San Crisóstomo la de San Pablo y al Niseno la de Abraham, haciendo con este motivo alusión á los iconoclastas, que por este temor combatían el culto de las imágenes. En consecuencia, San José, que vivió vida íntima con la Santísima Virgen, participó de la santidad más que ningún otro.

Argumento 4.º—De la misma unidad del matrimonio.

Argumentación.—El que se casa con la reina tiene el título y honores de rey (como se demuestra con ejemplos). María es reina de todos los Santos, luego San José es el rey, y por consiguiente mayor, que todos los santos, porque como vasallos deben ser de peor condición.

Argumento 5.º—De las exigencias de su ministerio.

Argumentación.—San José fué dado por esposo á la Virgen para custodiar su virginidad; su castidad, pues, debió ser tan perfecta cual convenía á la santidad de María, que con sólo ver á un ángel en figura de hombre se turbó; luego la pureza de José no se puede pon-

derar bastante, cuando pudo dar tranquilidad, viviendo con ella, á la delicada alma de María, cuyos amores con José compara á los del sol y la luna. Su prudencia no reconoce límites; pues hubo de aparecer como padre carnal de Jesús, y desplegó en este desempeño un tacto tan exquisito, que engañó al mismo demonio, según San Ignacio M. á quien siguen otros santos. El orador se muestra entusiasmado por las glorias de José, y como por digresión, se hace cargo de que, puesto que José hacía por aparecer padre natural de Jesús, debió el Señor contribuir, tomando el parecido de su padre putativo. Prueba cuán natural sea esto con la Escritura y ejemplos, deduciendo para José la mayor gloria por haber sido elegido como tipo de Jesús, cuyas facciones respiraban santidad.

Argumento 6.º—De la autoridad de padre.

Argumentación.—Ebrio de entusiasmo, apostrofa imponiendo silencio á todas las criaturas, para anunciar que el que gobierna el mundo y los cielos obedece á José, *et erat subditus illi*. Amplifica las excelencias del Santo, pues mereció ser elegido para tal encargo. Y del principio que el que gobierna es superior al gobernado, viene recorriendo una escala á detenerse ante la consecuencia de ser superior José á Dios mismo, y en vez de deducirla, prorrumpie en exclamaciones llenas de admiración, describiendo las ocupaciones altísimas de su gobierno paternal para con Jesús. Se apodera de la circunstancia de librarle de la muerte que Herodes le preparaba, y *comparando* con ésta de *minori ad majus* la acción de Mardoqueo con Asuero, reviste á aquella de especiales circunstancias que dan más gloria al santo Patriarca.

Argumento 7.º—De su cualidad de bienhechor del Hombre-Dios.

Argumentación.—Enumerando brevemente las excelencias de San José, se traslada al día del juicio univer-

sal, haciendo notar que cuando los demás justos, aun después de haber cumplido la ley, tengan que decir *servi inutiles sumus*, de José tendrá que confesarse que fué, no sólo útil, sino hasta necesario á Jesucristo. Y si Jesucristo tiene que reconocer como hechos á sí los bienes que los santos hicieron á sus prójimos, á José tendrá que decir con toda propiedad: *esurivi et dedisti mihi manducare*, etc. Y si *qui recipit profetam mercedem profetae accipiet, qui recipit Deum*, tiene que recibir *mercedem Dei*.

Mas viniendo á la proposición, hace ver que todo esto provino á José por ser esposo de María; y (recapitulando) puesto que Jesús antepuso á José á todos los hombres, no hay que pensar en buscar quién le exceda en santidad.

SEGUNDA PARTE

Refuta el reparo que se hace á la gloria de José por el hecho de ser tan reciente su culto, diciendo que Cerinto atacó la gloria de Jesucristo, suponiéndolo hijo natural de José, y que la Iglesia creyó prudente para combatir esta herejía dejarlo como olvidado. Ensalza la prudencia de la Iglesia, y luego, volviendo á su asunto, hace ver que sería imperdonable en nosotros, ahora que no corre peligro la gloria de Jesucristo, no honrar á José.

Peroración.—Excita á todas las clases y estados de la sociedad á tomarlo por protector; pues José manda y los demás santos obedecen, y, finalmente, lo recomienda como abogado en la hora de la muerte, para que como él muramos en los brazos de Jesús y de María.